



LA VOZ DE IGGY POP, UN DAÑO NECESARIO PARA SENTIRSE VIVO

Esa crisis necesaria que Belén Copegui (Madrid, 1963) invita a reconocer en su última novela tiene, aparentemente, poco que ver con la adolescencia que pintó Juan Ramón Jiménez en uno de los poemas que solían escoger los manuales de texto como muestra de la pureza poética del nobel. Pero más allá de generaciones, estilos y maneras de sentir, todas las adolescencias se parecen en algo, en la necesidad de autoafirmarse, de marcar un territorio, de desgranar lo aprendido de lo nuevo y encontrar una guarida única en la intimidad de otro.

En un relato que bebe de Salinger y reproduce algunos de los temas que podrían completar la banda sonora de cualquier biografía contemporánea, la autora de *El lado frío de la almohada* y *El padre de Blancanieves* deja su prosa en manos de una adolescente de 16 años que trata de encontrar su música, un sonido propio de ser al que

solo pueden conducirla el *Appetite For Destruction* de Guns N'Roses, la voz contra las cuerdas de Johnny Cash o el *Gimme Danger* de Iggy Pop. No es casual que una de las instantáneas más decentes del ídolo del punk-rock ilustre un cuaderno de escritura que se cierra, como la canción, con un acorde de guitarra tras la ejecución de un número mortal. Sin duda, su final está entre lo mejor del libro.

El encanto y la verosimilitud de esta novela de arranque algo flojo residen precisamente en ese caminar por la cuerda floja que implica todo ejercicio intenso, que en este caso no es otro que el crucial de conocerse a uno mismo y conocer a los demás, yendo al fondo. Dicho de otro modo, conocerse a uno mismo al conocer a los otros desechando simulacros, medias tintas y esa clase de pautas que hacen grises y uniformes las vidas de muchos adultos. Ese es el punto de



NOVELA

«Deseo de ser punk»

Belén Copegui, Ed. Anagrama.
187 páginas. 15 euros. **

vista desde el que la joven *Martina*, la protagonista-narradora de *Deseo de ser punk*, nos invita a volver sobre el valor de la libertad, las primeras amistades y los primeros amores y redescubrir que, al menos una vez, es preciso el daño de sentirse vivir en la cuerda floja. Como Johnny Cash.

A. Abelenda